

KAZAJISTÁN

Jesús María Sáez

KAZAJISTÁN (La Trilogía del Este. Parte II)

Una novela de Jesús María Sáez «Txusmi Sáez».

Primera edición: mayo de 2020.

Corrección de textos: Rosina Iglesias.

Diseño de portada: Alexia Jorques.

Fotografías de portada y contraportada: Alyon Lazareva (Novorossisk) y Txusmi Sáez (Vitoria-Gasteiz).

Fotografías interiores para la base de los dibujos, propiedad de Txusmi Sáez y también bajo licencia Pixabay y Freepik.

Modelo de portada: sargento paracaidista en la reserva Evgeniya Zakusilo (Miss Fuerzas Aerotransportadas de Rusia 2018, premio Belleza de Rusia otorgado por la Dirección del concurso de Miss Rusia 2019 y Miss Turismo Crimea 2019).

Vestuario de Evgeniya Zakusilo: Arsarmallc (Krasnodar).

ISBN: pendiente.

Depósito legal: LG G 00000-2020

Vitoria-Gasteiz, País Vasco-Basque Country (Spain)

txusmi13@gmail.com

www.txusmi.com

www.jesusmariasaez.com

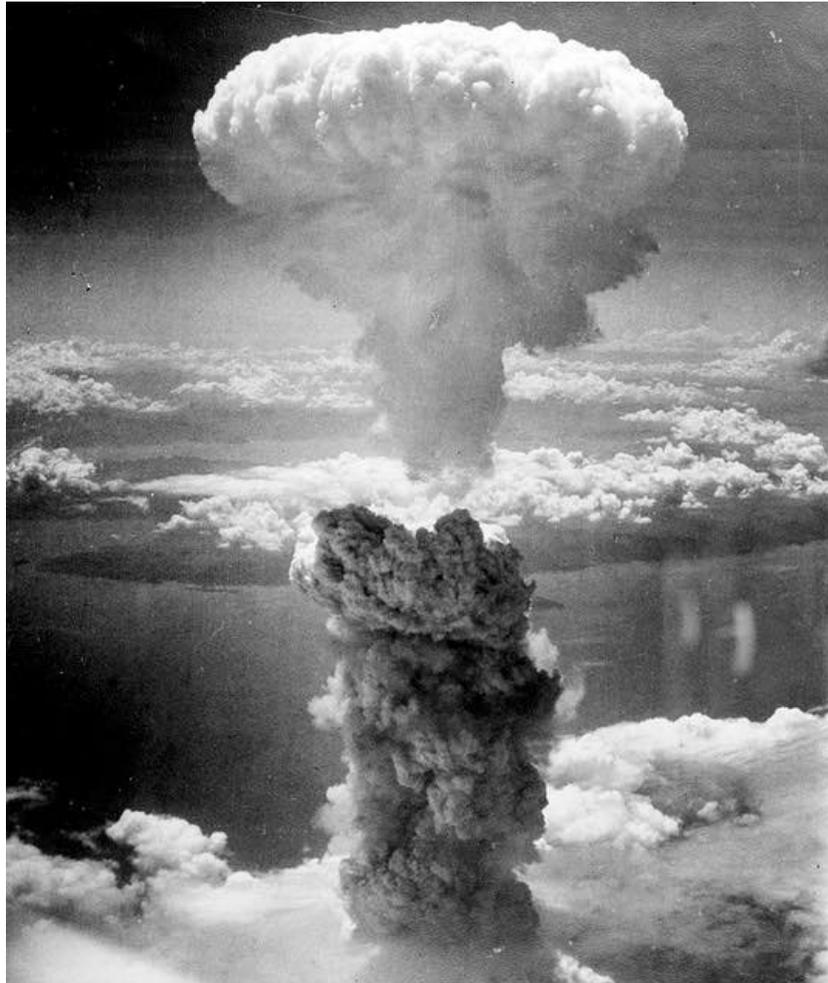
Código de registro legal CCA:

Para la novela: 20031003275281

Para la portada: 2003103275199 - 2003103275236

Inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual de Autores del País Vasco.

Socio A27435 de CEDRO Centro Español de Derechos Reprográficos.



*«Me he convertido en muerte,
en destructor de mundos...»*

Frase extraída del **Bhagavad-Gita**, texto sagrado hinduista y una referencia dentro de los clásicos religiosos.

Se dice que la pronunció Robert Oppenheimer (considerado el padre de la bomba atómica y director científico del Proyecto Manhattan) cuando descubrió el potencial devastador del arma nuclear que había creado.

ÍNDICE

<i>INTRODUCCIÓN</i>	9
<i>CAPÍTULO 1</i>	13
<i>CAPÍTULO 2</i>	25
<i>CAPÍTULO 3</i>	45
<i>CAPÍTULO 4</i>	62
<i>CAPÍTULO 5</i>	74
<i>CAPÍTULO 6</i>	89
<i>CAPÍTULO 7</i>	102
<i>CAPÍTULO 8</i>	116
<i>CAPÍTULO 9</i>	127
<i>CAPÍTULO 10</i>	142
<i>CAPÍTULO 11</i>	153
<i>CAPÍTULO 12</i>	165
<i>CAPÍTULO 13</i>	179
<i>CAPÍTULO 14</i>	189
<i>CAPÍTULO 15</i>	199
<i>CAPÍTULO 16</i>	207
<i>CAPÍTULO 17</i>	218
<i>CAPÍTULO 18</i>	229
<i>CAPÍTULO 19</i>	242
<i>AGRADECIMIENTOS</i>	255
<i>OTROS TÍTULOS DEL AUTOR</i>	257

INTRODUCCIÓN

El Polígono de Kazajistán es un lugar con un pasado para echarse a temblar: allí se llegaron a detonar un promedio de diez bombas atómicas por año entre 1949 y 1989. Y las consecuencias se sienten hasta hoy mismo. En plena Guerra Fría fue la principal instalación de experimentos atómicos de la extinta Unión Soviética y la mayor del mundo. El gobierno de la URSS detonó en aquellas tierras al menos 456 artefactos nucleares, que se tenga conocimiento.

Situado en la estepa kazaja de Asia Central, *El Polígono* (cuyo nombre oficial era «Sitio de Pruebas de Semipalátinsk») es tan grande en extensión como toda Bélgica o el propio estado de Maryland, en Estados Unidos. Cuando funcionaba, estaba coordinada desde la ciudad de Kurchátov (llamada así en honor del físico ruso líder del programa atómico soviético). La zona fue elegida por su situación geográfica, por su relativa cercanía a Moscú en comparación con Siberia y, porque, según el temido director de la Policía Secreta y más tarde jefe del proyecto ruso para la bomba atómica, Lavrenti Beria, era un lugar prácticamente sin habitantes.

Pero la realidad era que Semipalátinsk no estaba deshabitado. Lo cierto es que cuando se escogió el lugar en 1947 en sus alrededores vivían cerca de setecientas mil personas. No obstante, los detalles concretos sobre el programa nuclear desarrollado por la URSS durante aquella época aún se desconocen, ya que quedan documentos sin desclasificar.

«En aquella época, mi madre era joven y contaba que subía a las colinas para así contemplar bien los lanzamientos —recuerda un antiguo habitante del lugar para un documental de la BBC—. Decía que era un espectáculo hermoso, que comenzaba con un destello y terminaba con el ascenso hacia el cielo de una especie de hongo. Segundos después, se hacía de noche...».

Durante muchos años, los habitantes de *El Polígono* fueron examinados periódicamente por médicos del ejército soviético. Comenzaron entonces las epidemias inexplicables de cáncer y nuevas enfermedades desconocidas. Algunas personas, e incluso familias enteras con niños, se suicidaron según cuentan los supervivientes que vivían allí.

A fines de la década de 1980 surgió el conocido como Movimiento Antinuclear Nevada-Semipalátinsk. El 29 de agosto de 1991, el que fuera presidente kazajo Nursultan Nazarbayev cerró de forma oficial Semipalátinsk. Unos meses más tarde, en diciembre del mismo año, Kazajistán declaró su independencia y renunció de forma voluntaria a uno de los arsenales nucleares más grandes del mundo, heredado tras el colapso de la URSS.

Años después, la ONU declaró el 29 de agosto como el Día Internacional contra las Pruebas Nucleares a petición del gobierno kazajo. En aquel entonces, la ex república soviética contaba con más de 110 misiles y unas 1200 ojivas nucleares.

La retirada de las tropas soviéticas trajo importantes consecuencias socioeconómicas para Semipalátinsk. Un escaso contingente de quinientos soldados kazajos se quedó a cargo de la seguridad de las instalaciones. Los habitantes de la región comenzaron entonces a dismantelar y vender partes de la

infraestructura abandonada, exponiéndose además a la radiación. Incluso el propio director de *El Polígono* fue despedido en 1993 tras descubrirse que traficaba con equipamiento militar.

Sumados a la recesión económica, los problemas de salud continuaron tras el cese de las pruebas nucleares. El Instituto de Medicina Radioactiva y Ecología de Kazajistán estima que entre 1949 y 1962 una población de entre medio millón y un millón de habitantes estuvo expuesta en mayor o menor medida a la radiación. Hoy en día se siguen estudiando los efectos de la contaminación radiactiva.

Pese a las terribles catástrofes que se produjeron en Hiroshima, Nagasaki, Chernóbil y Fukushima donde hubo una sola explosión, en Kazajistán la gente estuvo expuesta durante mucho tiempo al impacto crónico y permanente de la radiación, ya que se ensayaron centenares de detonaciones nucleares.

- - - - -

Tras los atentados terroristas que se han ido produciendo en la última década, se multiplican los temores a que Al Qaeda u otros grupos terroristas obtengan una cabeza nuclear de pequeña potencia susceptible de introducirse de contrabando en Estados Unidos u otro país aliado con el objetivo de causar una matanza en Nueva York, Londres, París, Moscú o Madrid.

El Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA) ha detectado desde 1993 cerca de doscientos casos de tráfico ilegal de sustancias nucleares.

De igual manera, el Centro de Control Nuclear de Estados Unidos (muy escéptico sobre las garantías de seguridad de la industria nuclear, e incluso poniendo en tela de juicio la vigilancia que debería ejercer la propia ONU), manifiesta cómo Rusia es objeto de una especial preocupación tras el fin del Imperio soviético, ya que perdió la pista a un buen número de pequeñas cabezas nucleares. Además, los nuevos países como Bielorrusia, Ucrania y Kazajistán se encontraron en su territorio con un importantísimo arsenal nuclear. Bajo presión de Moscú, París y Washington, se acordó desmantelar su polvorín atómico y transferírsele a la Federación Rusa. En Chechenia se hallaban algunos misiles que fueron igualmente llevados a la Federación Rusa, afortunadamente antes del estallido de la guerra.

De todas formas, el riesgo de contrabando o robo de materias susceptibles de ser utilizadas para fabricar bombas nucleares no solo tiene como origen la antigua URSS. En los últimos cuarenta años se ha multiplicado por seis el volumen de sustancias atómicas para usos civiles, como los reactores nucleares.

Sin crear falsos alarmismos, la opción de un terrorista-suicida-nuclear es una amenaza muy presente en todas las agencias de inteligencia mundiales. Una cabeza nuclear puede, en teoría, ser tan pequeña como una maleta y pesar menos de treinta kilos. Además, el CNI alerta también sobre el riesgo de las bombas sucias, que utilizan explosivo convencional para desperdigar materiales radiactivos robados incluso en instalaciones civiles como hospitales y centros de investigación.

Es imposible imaginar que alguien cruce el Atlántico con una bomba atómica facturada en el equipaje de un avión pero ¿es posible comprar material nuclear ilegal almacenado en territorios sin control, trasladarlo de un punto al otro del planeta con el propósito de crear una pequeña arma atómica y hacerla estallar en una ciudad europea sin ser detectado?

Esperamos y deseamos fervientemente que nunca se dé una situación tan improbable como esa. Aunque esto es una novela, y aquí puede pasar de todo...

1

SITIO DE PRUEBAS DE SEMIPALÁTINSK ACTUAL PROVINCIA DE SEMEY (KAZAJISTÁN) Marzo de 2000

La noche era cerrada, casi opaca. Las estrellas se negaban a salir en un cielo velado sin luna. Difícilmente se podía avanzar sobre un suelo irregular, quemado y árido, solidificado en algunos puntos de manera caprichosa, como si se tratara de grafito surgido de la nada, con sus formas polimórficas características y un brillo extraño perceptible aun sin apenas un ápice de luz.

Tres sombras se movían ágiles pese a todo con extrema cautela, temiendo más ser vistas por las milicias que custodiaban la zona que preocupadas de por donde pisaban. Un enorme agujero hizo que uno de los tres hombres estuviera a punto de rodar pendiente abajo. Akram lo agarró del brazo cuando sus pies ya no eran capaces de mantener el equilibrio. Hassán le agradeció el gesto con una mirada de susto en la que destacaban, como dos lunas diminutas, unas escleróticas brillantes forrando unos ojos amplios y ovalados, que devolvían un destello blanquecino misterioso para su compañero.

Delante de ellos, avanzaba Arystan, el mayor de los tres con amplia diferencia. Era un personaje delgado, con larga barba cana, comerciante de estraperlo en la época de esplendor de la URSS y que, ahora, tras la independencia y disgregación del Imperio soviético, había encontrado un filón en las organizaciones extremistas y grupos guerrilleros, terroristas o mercenarios sin escrúpulos.

Les reprendió apremiando en voz baja: —Vamos, vamos... Hay que andar con cuidado —dijo, mostrando un inequívoco enfado ante la posibilidad de un retraso en el plan previsto.

El hombre aprovechó el lapso para examinar su contador Geiger. El aparato no devolvía un resultado nada halagüeño como para perder más el tiempo y sumar radiactividad en aquel paraje. Reanudó la marcha más rápido. Parecía andar cómodo entre aquellos restos de desolación donde, en algún momento de la olvidada Guerra Fría, habían estallado cientos de artefactos nucleares probados por la Unión Soviética en el seno de la escalada armamentística que condujo, durante demasiados años, a los Estados Unidos y a la propia URSS a poseer un arsenal nuclear con capacidad para destruir varias decenas de veces nuestro planeta.

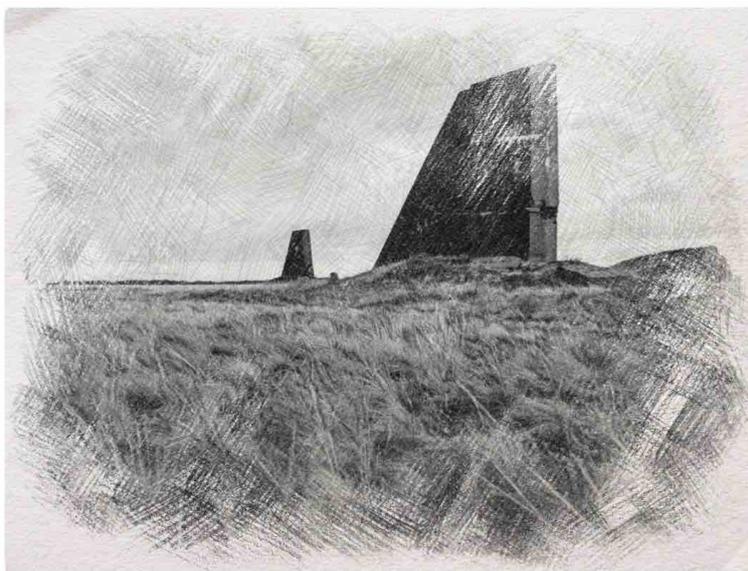
Arystan se había convertido en todo un personaje. Su nombre de pila era el único de entre los tres profanadores de la noche en aquel campo contaminado que procedía de los ancestrales kazajos. Significaba ‘león’, y hacía referencia al valor y a la fuerza. Como en muchas culturas asiáticas, cuando un niño nacía, en la Kazaja más tradicional, creían que su nombre iba a ser lo que determinara su propia fortaleza y su futuro en la vida. Desde los tiempos nómadas, en que los bebés morían con frecuencia debido a las condiciones extremas de vida, ya se confiaba en que el nombre asignado ayudaría a la criatura a luchar contra los

demonios y espíritus que intentarían llevárselo en la infancia. A veces, en la etnia mongola de la que Arystan provenía, se usaban nombres tabúes que los confundirían si iban a por ellos; incluso había otros con vocablos graciosos para que los diablos de las tinieblas rieran y se olvidaran de llevarse a ese niño o niña con ellos, presos del jolgorio y la algarabía.

Ahora, la actual influencia del Islam con sus denominaciones árabes en las nomenclaturas de los hombres y las mujeres del país había relegado los patronímicos tradicionales a un segundo término y, poco a poco, se iban perdiendo en algunas regiones a medida que los más ancianos fallecían.

Como si la oscuridad pretendiera dejar claro que aquel territorio no era sitio para endeble, las figuras tétricas, envueltas en la penumbra de unos pocos edificios que quedaban en pie pendientes de ser desmantelados, asomaron en el horizonte próximo.

—Estamos llegando —confirmó el contrabandista al reconocer el perfil de una construcción fantasmagórica con forma de cola de avión, erigida básicamente con hormigón y acero. El módulo mediría unos tres pisos de altura.



—¿Seguro que todos han cumplido su parte? —dudó Akram, que portaba a la espalda una especie de carro plegable, con ruedas gruesas de caucho macizas, apto para transportar objetos pesados—. Hemos pagado mucho dinero como para que alguien rompa la cadena. Y sabes, viejo, que si algo falla tú serás quien respondas ante nosotros ahora mismo —amenazó entre dientes golpeando la mano varias veces sobre la funda desgastada de una afilada daga que portaba a su diestra, unida a la correa del pantalón.

—Cumplirán. El dinero siempre abre todas las puertas —respondió sin inmutarse el aludido—. Y vuestro jefe ha sido generoso.

Hassán, por el contrario, a duras penas mantenía la calma. Aquel sitio le ponía los pelos de punta. No entendía muy bien lo que era la radiación y cómo podía afectarle, pero sabía que andaban enfrascados en un tema muy delicado que lo estaba superando. Tenía miedo de ser un estorbo en lugar de una ayuda a la causa.

Los acuerdos internacionales entre el nuevo Gobierno de Kazajistán, Estados Unidos y el resto de ex repúblicas soviéticas, amparado por los planes de desarme nuclear de la ONU y refrendado por la mayor parte de los países civilizados, se encontraban en la fase final para el desmantelamiento del *Polígono*. La transferencia de todo el arsenal militar nuclear iba dirigida a Rusia, para que se hiciera cargo de él, destruyéndolo en su mayoría. La limpieza del terreno estaba en su última etapa. Retiradas las ojivas nucleares (la mayor parte inoperativas por falta de mantenimiento en los últimos años), cerrados los silos y recogidos casi todos los restos de uranio y plutonio esparcidos por la amplia extensión que ocupaba el sitio rebautizado como Semey (pese a que todos los moradores de la región lo conocían como Semipalátinsk), tan solo faltaba remover las tierras y clausurar definitivamente la zona.

Por aquel espacio inhóspito aún rezumaba el olor a muerte.

Las estructuras que quedaban en pie habían sido vaciadas por dentro, pero podrían asemejarse desde fuera a restos de naves o tecnología alienígena, perfectamente equiparable a las ocultas supuestamente en el Área 51 americana y, sin duda, para los amantes de las conspiraciones ufológicas, el sitio bien podía pasar por ser otro de los lugares de culto donde se hubiesen diseccionado en secreto cadáveres extraterrestres al más puro estilo Roswell.

Al llegar al edificio señalado, Arystan hizo detenerse a sus acompañantes con un gesto, levantando mínimamente el brazo. Fue él solo quien se adentró, traspasando una puerta que no debería estar abierta, al interior de lo que antes era un laboratorio para pruebas atómicas. Los dos árabes esgrimieron las armas que llevaban: Akram desenvainó el puñal que manejaba con destreza y Hassán quitó el seguro a una efectiva pistola con silenciador modelo HS-2000 de fabricación croata, muy similar a la conocida Glock. Unos instantes después, el traficante kazajo se asomó, invitándolos a que pasaran también al interior. No se sorprendió al ver las armas amenazadoras de sus acompañantes; estaba acostumbrado a tratar con todo tipo de delincuentes propensos a alterarse.

—No será necesario. Todo está bien. —Se limitó a decir con indiferencia.

El interior del bloque olía mal. Llevaba abandonado demasiado tiempo. Un sabor metálico se adhería a la garganta en cada respiración y un polvillo fino flotaba en equilibrio imposible ante la luz amarillenta de una lámpara portátil. El reflector luminoso estaba conectado a la batería de un camión militar que dos soldados tenían bajo las escaleras de acceso a los pisos superiores. Al ver a los militares, los terroristas se pusieron a la defensiva. Los soldados habían dejado apoyadas sus AK-47 contra la pared de manera despreocupada y bebían el vodka que Arystan les había llevado como obsequio extra junto al fajo de billetes acordado.

—¿Queréis un poco? —dijo uno de ellos a los nuevos visitantes, ofreciendo la botella en un gesto de total pasividad.

—Queremos lo pactado —exigió Akram, harto ya de pisar terreno desconocido. No quería tener relación con las milicias. Para lo que ellos representaban eran sus enemigos, como todos los traidores al Estado Islámico.

—Aquí está. —Uno de los soldados se levantó de la caja donde estaba sentado, señalándola—. Mi culo reposa sobre un poder inconmensurable... —Y la pareja rio de manera absurda a pleno pulmón; resonando las carcajadas de un modo casi grotesco por el laberinto de pasillos que se perdían en la vacía oscuridad.

Acto seguido, abrió la tapa del recipiente y quedaron a la vista tres esferas metálicas de unos diez centímetros de diámetro y unos ocho kilos de peso por unidad.

—¿No es peligroso eso? —Se alarmó Hassán, cada vez más nervioso—. ¡Cierra eso ahora mismo!

—¿Crees que tapanlo sirve de algo, majadero? —le espetó el otro soldado cogiendo la botella de licor ruso—. Todos estamos muertos desde hace mucho tiempo. Tardaremos más o menos, pero diez años trabajando en *El Polígono* nos han restado vida... mucha vida.

—Igual es el momento de terminarla ahora —exclamó Akram avanzando hacia él con la daga en la mano levantada.

De un certero movimiento, seccionó la yugular del soldado de un solo tajo. Las cuerdas vocales desaparecieron también por culpa del filo preciso del arma dejándolo mudo al instante. El gorgoteo de la sangre al salir salpicaba en un corto pero intenso reguero rojo bermellón que caía por el pecho del hombre. Dejó caer la botella, que se hizo añicos contra el suelo de escombros, y la mezcla de alcohol y sangre unida al sabor metálico existente hizo vomitar a Arystan, incapaz de contener las náuseas. Casi a la par, Hassán había disparado tres veces contra el otro soldado cuando intentó acercarse a por el fusil Kalashnikov olvidado, alcanzándolo en el pecho y en la cabeza. Los impactos lo lanzaron hacia atrás y lo hicieron tropezar con la caja del material radiactivo robado, para caer después estrepitosamente de espaldas bajo la escalera de hormigón; lo que provocó que las esferas de plutonio golpearan entre sí con un tintineo tenebroso.

—¡Este no era el trato! —expuso gritando Arystan mientras se limpiaba los restos de vómito con la manga del abrigo de piel de lobo, salpicado ahora con un hilo de finas gotas de sangre.

—¿Quieres seguir con vida, viejo? —le miró Akram con unos ojos irascibles que destilaban odio—. Pues sácanos de aquí como habíamos acordado y olvídate de esta basura. —A continuación, limpió los restos de sangre sobre los pantalones de uno de los muertos y cerró la caja de madera con las bolas de metal—. ¿Es muy peligroso llevarlo así?

—No —respondió recomponiéndose—. La radiación alfa que desprenden las partículas de plutonio-239 no penetra en la piel, por lo que se puede manipular de manera más o menos segura siempre que no se inhale o ingiera; y durante el menor tiempo posible, claro. Pero sí que son detectables por los escáneres militares —matizó.

—¿Te has encargado también de eso, espero?

—Claro. Durante tres horas los detectores estarán fuera de servicio. Por eso es tan importante mantener el horario previsto.

—Bien. Entonces, adelante...

En un momento, los terroristas montaron el carro y colocaron encima el combustible nuclear. Sujetaron la caja con varios pulpos tensados. Uno de ellos se soltó cuando estaba en plena extensión y con el retroceso le golpeó en la cara a Hassán. El gancho de metal le alcanzó de lleno en uno de los blancos ojos y le reventó el globo ocular. Aulló de dolor y se echó las manos a la cara. Una mezcla de sangre y líquido transparente le empaparon el rostro.

—¡Estamos haciendo demasiado ruido!

—¡¡Me he quedado tuerto!! ¿Cómo queréis que no grite?

—¿Puedes venir con nosotros? Ya llevo yo el carro y las armas. Que el viejo te ponga una venda improvisada con lo que encuentre por ahí.

—¡iNooo!! ¿Acaso no lo entiendes? Soy incapaz de moverme. Me duele muchísimo y no veo nada. En el otro ojo tengo miopía; no creo que pueda avanzar rápido por entre los malditos agujeros que hay en todo el terreno... —Y comenzó a sollozar como un niño que necesitaba desahogarse abrumado por las circunstancias. Toda la misión le había dado un mal presentimiento en sus inicios y ahora esos malos augurios se estaban cumpliendo.

—Entonces no nos sirves —sentenció Akram recogiendo del suelo y apoyando el cañón de la HS sobre la frente de su camarada—. Alá te tiene reservado un Edén floreciente por tus servicios.

Y, antes de que nadie reaccionara, la 9 milímetros escupió un silencioso proyectil que perforó limpiamente la cabeza del árabe y salpicó la pared de sangre y sesos. El traficante de armas contuvo una nueva arcada. Otro disparo apagó de manera drástica la lámpara que ponía luz a la dantesca escena.

—¿Nos vamos, viejo? ¿O prefieres quedarte aquí a pasar la noche con ellos?

—Vámonos. Tengo concertado un salvoconducto junto a un vehículo en uno de los controles de salida —contestó Arystan, descompuesto y temeroso por su vida, aunque presto para recoger el dinero ya inservible de los muertos. Nunca se sabía cuándo podría hacer falta un soborno adicional...—. Me da igual lo que hagáis con esos artefactos mientras sea lejos de mi tierra —dijo, señalando el carrito improvisado—. Pero me necesitas para salir de este lugar y yo estoy cumpliendo al pie de la letra el trato.

—Aún me sirves y no prescindiré de ti, si no haces ninguna tontería —respondió Akram con un rictus propio de un loco. Daba realmente miedo en ese momento—. Una vez cumplido lo pactado, cuando me dejes junto a la frontera, podrás ir en paz. —Y se rio de sus propias palabras, que sonaron a epitafio sin quererlo.

El pase para salir del *Polígono* estaba convenido de antemano en uno de los accesos menos vigilado. Un vehículo ligero todoterreno UAZ les permitió abandonar la zona militarizada sin que nadie les preguntara (poderoso caballero don dinero). Una vez sobrepasada Kurchátov —una de esas ciudades inexistentes en los mapas durante la era soviética que, en su día, fuera sede de las pruebas atómicas del Sitio de Semipalátinsk—, atravesaron el río Irtysh y pusieron rumbo, por caminos montañosos, hacia la frontera con Siberia. Allí, en una cabaña rústica alquilada, dos vehículos Lada Niva aguardaban impasibles a cobijo dentro de un cobertizo abierto por el frente. Hacía frío y un manto de nieve ligera cubría suavemente el lugar y los frontales de los coches.

Próxima, surcaba una carretera descuidada en la que un poste indicador informaba de que distaban 300 kilómetros hasta Novosibirsk, capital de la vasta región asiática de la Federación Rusa. En ese punto los caminos de ambos se tornaron irreconciliables:

Uno de los automóviles todoterreno del fabricante ruso AvtoVAZ llevaría a Akram con las esferas de plutonio hacia un lugar desconocido en Rusia para esconderlo en un zulo de hormigón y plomo hasta que se prepararan los artefactos atómicos. Tras esta misión, sería considerado un héroe, un ejemplo a seguir, admirado por todos los fanáticos que pensaban que la Guerra Santa debía proseguir contra los infieles.

El otro coche permitiría a Arystan regresar a Astaná, la capital de Kazajistán, en donde lo esperaban su mujer, sus dos hijas casaderas y su primogénito. Con el dinero conseguido en esta transacción, podrían abandonar el país del Este y comprar una casa de lujo en Moscú. Sus hijos y esposa tendrían todo lo que desearan y él se codearía, como siempre había deseado, con los

multimillonarios rusos y dispondría ¿por qué no? a su antojo de jóvenes y esculturales amantes...

—Necesitaréis explosivo con una deflagración muy rápida. Tengo una partida de nitrato de urea sumamente bien elaborado que me llegará en breve —añadió el estraperlista limpiando la fina capa de nieve en polvo que, pese a la inminente primavera, el contundente clima continental de la región había dejado en forma de película blanca sobre el cristal delantero.

—No tendremos problemas con el explosivo plástico. Ni con el resto de los materiales. Tenemos contactos en Arabia Saudita que nos pueden suministrar todos los componentes necesarios que nos faltan. Incluso los detonadores los están fabricando en unos laboratorios muy avanzados en el golfo Pérsico.

—De acuerdo, si es así... —El kazajo no quedó tranquilo ante tanta explicación. Demasiados datos para compartirlos en secreto. Temía que su vida estuviera bailando en la cuerda floja o sobre una balanza mal calibrada. Jugó una última baza—. Lo que nunca tendrás es a un técnico soviético especializado en el montaje de ingenios nucleares. Como discutimos en su momento al realizar el pago, yo puedo conseguir a alguien dispuesto...

—Te tiembla la voz, viejo. —La mirada inquietante de Akram se tornó relajada. Una leve mueca similar a una sonrisa asomó entre los labios cortados por el frío—. Si hubiese querido matarte ya lo habría hecho. Marcha a tu casa. Te avisaremos cuando necesitemos al especialista en armas atómicas.

Ambos se despidieron sin más preámbulos. No hubo ningún gesto de simpatía entre los dos, ni falta que hacía; un psicópata extremista y un corsario sin escrúpulos capaz de vender a su propia madre no empatizaban demasiado. O tal vez sí...

El terrorista arrancó su vehículo e inició el camino marcado en el GPS del móvil hacia el lugar donde le esperaba la célula de Al Qaeda infiltrada en territorio ruso. El contrabandista de armas tomó el sentido contrario, dando media vuelta y regresando hacia su país, rumbo a la capital, sabedor de que debía descansar un par de horas en algún hostel y comer un tentempié. Por delante le aguardaban más de quinientos kilómetros de angostas carreteras hasta Astaná.

De pronto, una explosión sorda y contundente rasgó el silencio de un campo helado, ansioso por recibir los primeros rayos de sol que despuntaban por el horizonte. Estaba amaneciendo cuando el peróxido de acetona de fabricación casera (más conocido como TATP) detonó bajo el chasis del Lada Niva que conducía Arystan. La potente deflagración lanzó el automóvil por los aires en una pirueta macabra, lo partió en dos antes de tocar suelo y esparció metal junto a restos humanos sobre el campo siberiano. La decisión ya estaba tomada de antemano por los responsables de los grupos extremistas. No debían quedar testigos vivos ajenos a la organización.

El material nuclear se almacenaría, de momento y hasta nuevo aviso, a buen recaudo. Tenían suficiente tiempo para encontrar a alguien capaz de montar y detonar un artefacto atómico en un futuro. El plan había cambiado porque el propio Osama bin Laden, ante la dificultad manifiesta para completar con éxito esta misión, había captado a la llamada «célula de Hamburgo» con el objetivo de financiar su entrenamiento para que ejecutaran un ataque suicida con aviones contra emplazamientos emblemáticos de Estados Unidos. Once edificios señalados y representativos de ese país fueron los que se barajaron como objetivos para estrellar contra ellos vuelos comerciales secuestrados, como más tarde se descubrió en las investigaciones realizadas. Eran el Empire State Building y las Torres Gemelas, en Nueva York; el Pentágono, en Arlington; la Casa

Blanca y el Capitolio, en Washington; la Prudential Tower, en Boston; la torre Sears, en Chicago; la Pirámide Transámerica, en San Francisco; la U.S. Bank Tower, en Los Ángeles, y el Columbia Center, en Seattle.

Finalmente, viendo inabarcable tal propósito por desmedido, el egipcio Mohammed Atta y su equipo formado por otros dieciocho terroristas suicidas centraron sus planes solo en cuatro objetivos.



El 11 de septiembre de 2001 dos aviones impactaron contra las Torres Gemelas neoyorquinas y un tercero en el Pentágono, cayendo el cuarto avión en campo abierto sobre el Estado de Pensilvania. Casi tres mil personas fallecieron en unos atentados que conmocionaron y cambiaron el mundo. Ya nada iba a ser igual desde esa fecha.

Dieciséis años después, como último ramalazo reivindicativo de un Daesh descabezado, tal vez una nueva masacre de índole desconocida hasta el momento podría poner nuevamente de manera rotunda al Estado Islámico y a sus simpatizantes en el centro de la actualidad. Aunque, para ello, el dantesco plan consistiera en detonar una pequeña cabeza nuclear en algún punto de la Unión Europea. No necesitaría ser muy potente; pero sí lo suficiente como para arrasar todo por completo en un radio de quinientos metros a la redonda que dejase sembrado de mortífera radiación el triple de espacio.

Era el momento de desenterrar los núcleos de plutonio que llevaban mucho tiempo dormidos en suelo siberiano dentro de un camastro a medida. Habría que trasladarlos a su destino final de la mano de unos nuevos héroes suicidas que, con tres intentonas, tratarían de alcanzar el paraíso soñado merced a unas acciones jamás admitidas, ni aprobadas, ni entendidas por un auténtico creyente fiel seguidor de las sabias y pacíficas enseñanzas de El Corán.